# PARIS EN AMÉRICA

## POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

## Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edicion francesa.

CONTINUACION—*Empieza en la páj.* 396

### CAPITULO XIV.

### Vanitas Vanitatum.

Asi que la turba se hubo escurrido, llevando léjos la gloria y el nombre del futuro Webster, abracé al orador y volví á tomar con él el camino de la casa. Avergonzado del mudo papel á que me habia condenado mi ridícula timidez, no pude resistir al deseo de disputar con el Ciceron en ciernes.

—Pero ven ácá bribonzuelo, le dije, ¿de donde has sacado esa facilidad de charlar y ese aplomo imperturbable? Improvisar, declamar, unir el jesto á la palabra, ese arte perdido desde la antigüedad, ¿dónde te lo han enseñado?

—En la escuela, contestó mi hijo. Tú lo sabes, papá, tú que tantas veces me has hecho recitar mi *Enfield* [1] ¿No he tenido aplomo? ¿Ne he levantado el brazo mas arriba de la cabeza? ¿Estas contento?

—¿Y tus camaradas charlan lo mismo que tú?

—Sin duda, papá. Qué seria de un pueblo de ciudadanos mudos! Hablar y jesticular nos es tan necesario como leer y escribir. No hay uno de nosotros que no haya de ser algo en la sociedad, en el concejo municipal, en el Estado.

Miembros de un *meeting* ó de una asociacion, electores, candidatos, majistrados, senadores, todos tendremos necesidad de dirijirnos al público. A eso pues se nos acostumbra desde la escuela. Improvisar no es difícil y es muy entretenido. En nuestras recreaciones, nuestro gusto es discutir; yo ya he dicho cien discursos á mis futuros electores. Pero mi fuerte, es el gesto. "La accion, dice Demóstenes, en mi *Enfield*, la accion! la accion!" Mírame, papá,

Dijo, y el tunante pónese á pasear declamando no sé qué discurso de lord Chatam contra la guerra de América. Anda, se detiene, alza al cielo los ojos, junta las manos, adelanta un puño cerrado, lleva un brazo sobre su corazon, y acaba echándoseme al cuello riendo á carcajadas; al paso que yo, se padre, incapaz de decir una palabra y de mover un dedo, quedo confundido ante esa precoz perversidad, fruto de una educacion enfermiza.

Mi hijo no era un prodijio, solo era un yankee muy hábilmente preparado.

—¡Niño infeliz! le dije: puesto que te vas á la India, ¿de qué te servirá ese arte de histrion? Si fueses abogado, vaya con Dios.

—Algun dia lo seré, papá, respondió Henrique. Déjame ganar diez mil dollars allá, y á mi vuelta, curso derecho y me asocio con un maestro esperimentado.

—¿Y luego? preguntéle espantado de esa jóven ambicion.

—Luego, papá, me haré elejir representante en el Estado de Massachussetts y seré senador.

—¿Y luego?

—Seré ministro como el señor Seward, ó si no puedo conseguirlo, seré presidente como el señor Lincoln.

—¿Y luego? prorumpí, tomarás sin duda el puesto de Lucifer, por que tú tienes la ambicion y el orgullo de un demonio!

—Papá, repuso el niño inquieto al ver mi vivacidad, todos mis camaradas hacen lo mismo que yo. Nuestros maestros siempre nos han dicho que éramos la esperanza de la pátria, y que la república nos necesitaba. Entrar en la carrera política no es ambicion, es un deber. El ciudadano que va mas léjos es el que mejor sirve á su pais.

—Oh! paganos, paganos! esclamé. Hénos aquí vueltos á los escándalos de Aténas y de Roma! El primer deber de un cristiano, señorito, es permanecer en su humildad, huir de la política, no mezclarse nunca en los asuntos de su pais, á no ser obligado por la autoridad.

—Eso no es lo que nos enseñan en el púlpito, papá. El domingo pasado, se nos citó á un Papa, creo que á Pio VII, que decia, es verdad que solo era obispo entónces. "Sed buenos cristianos, sereis buenos republicanos" Todas nuestras libertades vienen del Evanglio. Se nos repite sin cesar que la moral de Cristo encamina á la democracia, es decir á la igualdad fraternal y al respeto del último individuo.—"Amaos unos á otros" ¿qué quiere decir eso sinó que el mas fuerte debe ayudar al mas débil con su fortuna, sus consejos y su consagracion?

Yo tomé á Henrique del brazo.

—Pobre niño ofuscado por la locura de tus maestros, mira, díjele, mira donde va la democracia.

Por delante de nosotros iba á paso lento, un hombre embutido en una chapa de madera.

En ese cartelon ambulante, se leia en grandes caracteres:

EL LINCE,

*Periódico de los demócratas.*

¡CIUDADANOS!

**Guardaos de los intrigantes y de los necios**

**Green—Smith—Humbug.**

*O el ridículo trío desenmascarado.*

(1) El *Enfield's speaker* es una coleccion de los mas hermosos trozos de elocuencia y de poesia en lengua inglesa. En las escuelas de América se sirven de ella para enseñar á los niños á recitar de memoria, ó mas bien á declamar. Precede á la obra un tratado sobre la mimica, con figuras que dan la posicion del cuerpo, de la cabeza y de los brazos, para cada pasion que haya de espresarse.

—Deme usted el *Lince*, dije al vendedor de periódicos.

—Tome usted, señor, respondió el hombre en tono chocarrero. Si usted quiere reir, le invito á que tome el *Sol* y la *Tribuna*: ahí sí que usted verá al *trio* sacudido en regla.

El *Lince* me bastaba. Abrí ese papel execrable, en donde encontré á Green primorosamente ridiculizado; decíanse á Humburg verdades tamañas; pero á mí, Dios mio, ¡cómo me trataban! Cuánta mentira! cuánta injuria! qué abominacion!

Arrugué con rabia ese panfleto miserable, y ya iba á arrojarle al lodo, su verdadero lugar, cuando en el umbral de mi casa me hallé la cara chacotona y la sonrisa impertinente de Humbug.

—Usted triunfa, señor periodista, díjele metiéndole el diario por los ojos. Para ustedes son fiestas las elecciones, cuando no son sinó las saturnales de la calumnia.

—La calumnia, dijo el hombre gordo encogiéndose de hombros, es como la viruela: cuando sale fuera cura, cuando entra mata.

—Infamias semejantes no se imprimen sinó en democracias como las de ustedes!

—Ya lo creo, contestó el sofista, considerándose feliz por poder tomar al vuelo una nueva paradoja. En las monarquias del antiguo mundo, se guardan bien de imprimir la calumnia pero la dicen al oido, medio mas pérfido aunque mas seguro. Allá no atacan á la jente de frente, pues se defenderia; se la asesina por detras. Allá es donde imperan sin obstáculo la intriga y la mentira, y donde el príncipe es la primera víctima de ese veneno que él mismo impide que se exhale. *Summa petit livor* [1] La calumnia, doctor, es el azote y el castigo del despotismo. En un pais libre, es una picadura de avispa, en que no se piensa al dia siguiente.

—Señor filósofo, dije con aspereza, lea usted ese periódico; en él se trata de usted.

—Razon de mas para que yo no lo lea. El mismo tema de siempre, con ocho ó diez sustantivos de epítetos pretensiosos para variar el estribillo. ¿Tiene usted la audacia de no seguir á los carneros dóciles que arrastran hábiles conductores? ¿se atreve usted á tener opinion y voluntad propia? entonces usted es un *orgulloso soñador y un ambicioso fanático.*

¿Dice usted la verdad á sus conciudadanos? quiere usted ilustrarlos acerca de las condiciones de la libertad, precaverlos contra los peligros de la anarquia? es usted un *aristócrata infame*, un *admirador servil de la pérfida Albion.* En otras palabras, abrir los ojos al pueblo, es arruinar la industria de los lazarillos y echar á la calle á hombres honrados que no perdonan.

¿Habla usted con franqueza, llama usted por sus nombres á los abusos y á los que viven de ellos? es usted un *adulador de la turba* y un *cobarde demagogo.* Elojios irónicos si la candidatura de usted va mal; injurias groseras y chabacanas si tiene buen éxito: tal es la eterna cháchara de los diarios y de los diaristas que no se respetan á sí mismos. Nosotros ya estamos acostumbrados á eso como á oir llover. Eso agrada á los envidiosos, á las mujeres que andan atisbando, á los tontos de fáciles creederas. Es preciso ser induljentes con las pequeñas miserias humanas.

(1) La envidia no muerde sinó á los que estan arriba.

—Lea usted el artículo, repuse impacientado; ya verémos hasta donde alcanza su indiferencia.

Así que entramos en la sala, donde felizmente estábamos solos, Humbug se puso á leer la injuriosa diatriba, miéntras que Henrique iba á traer noticias.

—Green no tiene por qué quejarse, dijo riéndose el gordo periodista. Segun la dureza con que es tratado, es claro que sus acciones suben en plaza. Las mias no van mal. "Falstaff sin vergüenza:" esto es bonito. Ese "Sileno avinado, á quien no le falta ni su asno cu ndo está ahí el doctor," tiene un sabor mitolójico que honra la erudicion del escritor. Todo esto es el *telum imbelle, sine ictu* de un partido desesperado.

—¿Por qué razon no se impide hablar á esos miserables?

—Doctor, ¿habría usted encontrado la piedra filosofal? Saber anticipadamente lo que la jente ha de decir es un secreto que todavia se busca en vano. El único medio de evitar el escándalo que á usted le espanta, es el echar una mordaza á todo el mundo; heróico remedio que mata á la jente á fin de impedirle que viva mal. ¿Es esa la medicina que usted emplea en su práctica? usted dirá que esos tunantes estan pagados para desempeñar tan ruin oficio; que abusan de la libertad, que la prostituyen: convenido, pero ese abuso nos conserva el uso de nuestros derechos.

Hay señoritas, prosiguió, que abusan del derecho de pasearse en la calle. ¿Encerrarémos por eso á nuestras mujeres en un harem? Hay personas á quienes mata la gula y la borrachera; ¿nos sujetaria usted por eso al réjimen de Sancho en la ínsula Barataria? Por temor de un incendiario ¿prohibiria usted los eslabones y los fósforos? De miedo de un asesino, ¿nos quitaria usted uno de los primeros derechos de los pueblos libres, el de tener armas?

Toda libertad lleva consigo un abuso posible; lo mismo sucede con toda fuerza, con todo instrumento. Suprimir la libertad para impedir el abuso, impedir el bien para impedir el mal, es formarle causa al mismo Dios y probarle que no entendia nada de la creacion.

—Pero si no puede usted impedir la calumnia, castíguela usted; invente usted suplicios terribles; hiera usted al que me quita el honor como lo hace usted con el que me quita la vida.

—Los tribunales le estan abiertos, respondió Humbug pero el desprecio es una justicia mas pronta y mas segura. Los electores le vengaran á usted mañana de las injurias de hoy. Por otra parte, ¿es cierto que hayamos sido calumniados? Por lo que á mi hace, no me siento lastimado.

—No sé qué es lo que tiene usted en las venas, dije arrancándole el periódico de las manos. Oiga usted cómo se atreve á tratar un anónimo cobarde á un hombre de mi posicion y de mi edad, luego mostraré á usted cómo se castigan infamias semejantes.

Y trémulo de cólera leí lo siguiente:

"El doctor es tres veces necio. Es un necio de nacimiento á quien treinta años de estudio han vuelto mas nécio aun; no le faltaba mas que una pisca de ambicion para pérder el menguado sentido que le ha dejado el trabajo. Conocida es la locura de este pobre diablo, que no vé mas allá de sus narices. Admirador estúpido del pasado, la vieja Europa es su ideal. Nada halla hermoso fuera de esas sociedades decrépitas donde la tradicion ro-

mana, donde el despotismo de la administracion ahoga toda independencia y toda vida.

"El sabio Smith, la gloria de veinte academias ignoradas, es uno de esos miedosos que el dia de la creacion habria gritado "Deteneos, mi Dios; vais á desordenar el cáos." Se parece á esos conductores de los caminos de fierro que dan la espalda al tren que los arrebata. Ni ve ni admira sinó lo que huye y desaparece en la sombra del pasado; no siente que á su espalda se alza un sol y un nuevo mundo: el reinado del individuo, el triunfo de la libertad.

"Que una momia semejante se quede en su gabinete de curiosidades y que allí reciba la adoracion de los papa moscas, y no irémos á incomodarle; pero á la plena luz de la vida pública ¿qué harian esos ojos apagados, esa boca muda, ese brazo imbécil?

"Lo que nuestra jóven y gloriosa república necesita, son hombres de nuestro tiempo, banqueros que hagan adelantar la civilizacion creando diariamente nuevas empresas y acciones, oradores que nos guien hácia los magníficos destinos que el porvenir nos depara. Dejemos á los muertos enterrar los muertos. Vengan á nosotros los corazones que se abren á todas las grandes aspiraciones sociales, las cabezas que se enardecen con las cuestiones palpitantes de actualidad.

"Los tontos y los indolentes voten por sus viejos ídolos, que nuestros candidatos son hombres que la Europa nos envidia, el hábil y jeneroso banquero Little, el elocuente y célebre abogado Fox!

"Mañana la voz del pueblo saldrá del escrutinio como el trueno que sale de las nubes y proclamará por toda la América la victoria de los elejidos de la Democracia.— ¡Viva Little! ¡Viva Fox!"

—Bravo! dijo Humbug. Doctor, ha sido usted herido. Lindo trozo, nada que ataque su carácter de usted; chanzas algo duras, es cierto; pero con arranques de espontaneidad, con chispa, con sutileza, con observacion, sin hablar del estilo á la moda. El muchacho que ha escrito ese trozo no es seguramente un palurdo.

—Venga usted conmigo á la oficina del *Lince*, dije á mi vez; verá usted cómo un triple necio da de bofetadas á un muchacho de injenio; es una leccion de que ese señorito que hà menester.

—¿Está usted loco? esclamó el hombre gordo alzándose de una pieza. Si otro que no yo escuchàra á usted, le haria dar una fianza de diez mil dollars ó le mandaria al penitenciario. Nos toma usted acaso por pieles rojas? ¿Es usted cristiano? Solo en las soledades del Arkauzas los furiosos discuten con el revólver en la mano. En Massachussets no hay mas venganza que la de la ley. En un pueblo civilizado háblase mucho y se disputa con calor; pero allí no se asesina á un rival y tampoco se le desafia.

—Salvajes! prorumpí, que no conocen siquiera el punto de honor.

—El salvaje es usted! repuso Humbug riéndose. En verdad, doctor, la herida le vuelve á usted feroz. Matar á los otros ó hacerse matar por ellos, ¿de qué puede servir eso á la causa de la justicia y de la razon? Un duelo no es provechoso mas que al médico ó al sepulturero.

—Pero, señor, ¿qué hace usted cuando es cobardemente insultado por un panfletista?

—Mi querido doctor, me contestó aquel cándido sin vergüenza: repito por lo bajo ó en voz alta un proverbio turco, cuya profunda sabiduria recomiendo á usted: "Quien se pone á tirar piedras á todos los perros que ladran detras de él,nunca llegará al término de su viaje." Asi pues, vóime á cuidar de mi eleccion y de la de usted: por su parte haga usted lo mismo; de ese modo muy luego olvidará usted al *Lince* y su retórica.

Tu ne cede malis, sed contra audentior ito [1]

Adios.

## CAPITULO XV.

### Un recuerdo de la patria ausente.

La llegada de mi mujer y de mis hijos endulzó mi mal humor. Las noticias eran buenas. Alfredo y Henrique habian recorrido todas las asambleas y recojido felicitaciones y promesas por todas partes. Jenny y Susana habian visto á todas sus amigas. Doscientas señoras, las mas distinguidas de la ciudad, llevaban pendiente del cuello mi fotografia en medallon. La eleccion estaba asegurada.

La alegria de nuestra modesta mesa acabó de curar mis heridas. Todos teniamos un solo corazon, un alma sola.

Mi Jenny estaba mas animada que en el bautismo de su primer hijo. He notado siempre que las mujeres son por naturaleza ambiciosas. Un marido jóven y hermoso, pero que no es nada, nunca tendrá el arte de agradarlas por mucho tiempo. Un viejo marido recibirá su mas insinuante sonrisa si la fortuna ó la gloria corona sus blancos cabellos.

Cuando el amor se une á esta ambicion lejítima, tórnase entónces la mujer nuestra verdadera mitad, en toda la hermosura de la palabra. Ambos viven, piensan y sueñan á una; es la felicidad perfecta sobre la tierra, felicidad casi desconocida en Francia, donde la moda veda á las mujeres los gustos sérios, las jenerosas pasiones; felicidad comun en los Estados Unidos, donde la opinion invita á las mujeres á tener la suya propia.

Susana se sentia mas ardorosa que su madre: era mi sangre! Ella no hablaba mas que de mi eleccion. Verdad es que habia hecho de Alfredo uno de mis principales electores: ocuparse de mí era ocuparse de él.

A la noche hubo una nueva demostracion electoral. Todos los bomberos, de gran uniforme, llevando cada cual una antorcha en la mano, desfilaron por delante de nuestras ventanas con música á la cabeza.

Los jóvenes de la ciudad, con uniformes y trajes variados, los acompañaban con largas varas con faroles chinescos. En medio del acompañamiento un estandarte inmenso con un trasparente iluminado mostraba á la multitud absorta dos especies de diablos negros saliendo de entre las llamas con unos bultos blancos. El nombre de Green y de Smith, escrito abajo de las figuras, daba un sentido humano á aquella escena infernal, cuyo pasaje era apludido.

La mujer y la criatura que habiamos salvado eran conducidas en un carruaje tirado por cuatro caballos blancos y todo adornado de faroles y de inscripciones. Aquello era una marcha triunfal, una procesion digna de los buenos tiempos de Eléusis.

Por todas partes se oian gritos, aplausos y á veces ciertos ahullidos, que al punto se convertian en bravos.

La oposicion estaba vencida y derrotada por la hermosura de nuestras invenciones. Difícil era para Little

[1] No cedais al infortunio, por el contrario arrostradle con mas fuerza.

el rivalizar con nuestras maravillas. ¿Qué era lo que él podia pasear por las calles? ¿Accionistas aruinados? A un pueblo no se le seduce con ese espectáculo de todos los dias.

A los diez Jenny nos leyó la biblia. Habiamos quedado en el capítulo quinto de Daniel, es decir en la historia del rey Baltazar y de la mano vengativa que escribió en la pared la sentencia de muerte—*Mane—Thecel—Phares.*

Esta era para Marta una bella ocasion de profetizar; no dejó de hacerlo por cierto. De un modo ó de otro, ella me comparó á Nabucodonosor, y me condenó "á permanecer con los asnos silvestres y á comer la yerba del campo como un buey," si yo olvidaba algun dia que el Altísimo tiene un poder soberano sobre los hombres y que eleva en el trono á quien le agrada.

La leccion parecíame algo dura para un futuro inspector de calles; pero talvez no es necesario ser rey para tener la insolencia y el orgullo de Nabucodonosor. ¿Quién sabe si los dependientes entre los asirios no eran ya mas impertinentes que su magnífico soberano?

Yo me burlaba de la sibila. Sin embargo, estaba conmovido por mi candidatura y demasiado conmovido para poder dormir; así fué que luego que subí á mi aposento, rellené una pipa con escelente tabaco de Virjinia, y sentándome cerca de la ventana, traté de adormecer mis sentidos ajitados.

La calle estaba desierta. La luna alumbrando con su pálida luz las casas silenciosas y cerradas, aumentaba el misterio y la calma de la noche. Todo dormía á lo lejos, todo callaba. El único ruido que turbaba ese universal silencio, ó mas bien, que mejor le hacia sentir, era el tic tac de un cuclillo colocado al pié de mi cama. Arrullado por aquel canto monótono, embargado por el humo del cigarro, dejaba correr mis vagos pensamientos, cuando repentinamente el reloj se animó.

Un rechinamiento de roldonas, un jemido de ruedas y de cuerdas anunciaron que iba á dar la hora. Me levanté para admirar aquella obra maestra de relojería alemana. A mi llegada un gallo de madera pintada, encaramado encima del cuclillo [*coucou*], ajitó las alas y dió tres gritos agudos. Debajo del gallo abrióse una puerta y se me presentó bruscamente Paris, el Sena y el Hotel de Ville en 1830.

La Fayette con peluca rubia, de fraque azul y pantalon blanco abrazaba á la vez á un soldado de infanteria, un jendarme y una bandera tricolor en la cual se leía en letras de oro: *Libertad, órden público.* Once veces dió el reloj y otras tantas el bravo La Fayette movió la cabeza y ajitó la bandera; en seguida la puerta se cerró, el gallo galo ajitó sus alas, gritó mas agudamente que ántes y la vision desapareció.

Este recuerdo perdido, esa leyenda olvidada hacia tanto tiempo, despertaron los dorados sueños de mi juventud. ¡Cómo latía nuestro corazon en 1830! Pobres ignorantes, entonces no sabíamos que la libertad como todas las queridas, arruina y traiciona á los que la aman.

*Libertad, órden público*, palabras terribles: *Mane, Thecel, Phares* de los tiempos modernos! Hé ahí el enigma que cada quince años propone á la Francia la esfinje de la revolucion, siempre dispuesta á devorar al Edipo que no adivina.

*Libertad, órden público*, diríase que son dos mortales enemigos que alternativamente vencedores y vencidos, dan un eterno combate, siendo nosotros la polla. Un dia triunfa la libertad, el cielo hace oir un coro de alegria y de esperanza; pero bajo la máscara de esa divinidad tranquila, quien triunfa es la anarquía, arrastrando en pos de sí la guerra civil, atacando todos los derechos, amenazando todos los intereses, haciendo retroceder de horror á un pueblo espantado.

Al dia siguiente, instálase el órden público empuñando el sable: dando la paz, imponiendo silencio, quebrantando muy luego toda valla, deslizándose por su propio peso al abismo donde se hunde todo poder á quien nada aconseja ni contiene.

¿De dónde viene ese constante naufrajio? ¿De dónde proviene que hace setenta años un pueblo honrado, valiente, injenioso, no edifica mas que ruinas, siempre descontento, siempre alucinado?

¿Cómo sucede que en los Estados Unidos, donde la libertad estravia todas las cabezas, donde nadie habla de órden público, nunca sea perturbada la paz interna?

¿Por qué no hay revueltas ni revoluciones en esta turbulenta democracia en esta turba entregada, á sí misma, sin policia, sin jendarmes?

La América no tiene como nosotros cien mil funcionarios alineados en batalla, una administracion admirable que todo lo ordena, que todo lo prevé, que todo lo dirije y arregla. Ella no tiene frente á esta organizacion concreta un pueblo dócil, mandado, impedido, dirijido, reglamentado y á pesar de esto, ella está tranquila, es próspera.

La libertad, garantida en su pleno ejercicio por la ley, castigados sus escesos por la justicia, hé ahí el órden público para los americanos. Su espíritu estrecho nunca se ha elevado hasta esa centralizacion tutelar que constituye nuestra unidad y nuestra gloria.

En ese pueblo primitivo, no ha sido separado el órden público de la libertad, no se le ha personificado, no se le ha rodeado de formidables murallas y de cañones siempre cargados. Nada de administracion jerárjica, de policia preventiva, de decretos, de funcionarios inviolables, de tribunales privilejiados. Nada de esa sabia mecánica que en las naciones civilizadas, rompe toda resistencia, y quebranta á todo individuo. La ley omnipotente, el ciudadano señor y responsable de sus acciones, el funcionario reducido al derecho comun, la administracion sujeta á los tribunales, el juez único intérprete de la ley—hé ahí todo el sistema, de una sencillez por cierto ridícula.

Nada mas que leyes y jueces en este gobierno embrionario, y sin embargo por todas partes la paz, la riqueza do quiera. Singular irrision de la fortuna que nuestros sabios políticos todavia no han esplicado! ¿Cómo es que no se les ha probado ya á los americanos que son felices contra toda regla y que deben envidiarnos nuestras revoluciones?

Haciendo estas bellas reflexiones me quedé dormido.

No sé cuanto tiempo hacia que reposaba, cuando me sentí bruscamente sacudido por una mano vigorosa. Cerca de mí, encima de mi cama, estaba un oficial de jendarmeria. Su vista me causó placer. Un jendarme! Yo estaba en Francia, volvia á encontrar la patria.

—Arriba, arriba, señor Lefebvre, me gritó el oficial con un acento gascon que olia á ajos á una legua.

Miré de cerca al amable mensajero; su cara no me era desconocida. Su mirada, su voz, su risa sardónica—

era el terrible *spirite*, Jonathan Dream, mi enemigo. Al aspecto de aquel traidor, cambióse en terror mi alegría.

—¿Quién es usted? qué quiere usted? pregunté.

—Silencio, *bourgeois*, contestó el jendarme. No hagamos el despropósito de razonar con la autoridad que no razona nunca puesto que siempre tiene razon.

Dicho esto abrió su cartuchera y sacó de ella un rollo de papel sellado.

Número uno, dijo. Al señor Lefebvre: hablando á su persona ó llamada tal. Por haber tenido la imprudencia de criticar en un papel público á la autoridad municipal con motivo del empedrado de la calle: una advertencia, aguardando que se enmiende.

—Esto sí que es duro, esclamé. En vez de advertirme, mejor haria la autoridad en dirijirme escusas y en cambiar el empedrado.

—Silencio, *bourgeois*, repuso el soldado. Como individuo particular, no niego que el empedrado sea inferior; acabo de levantar dos animales caidos delante de esta puerta; pero como jendarme, declaro la queja de usted tan indiscreta como inoportuna. Si mi coronel me dijese: "Oficial, mañana en pleno medio dia será de noche," yo contestaria: "Bien está, coronel," y meteria en la sala de policia al primer pilluelo á quien se le ocurriese ver que era de dia. La consigna dice que el empedrado es bueno; luego debe serlo; asi pues solamente los que estan mal dispuestos pueden por culpable malicia ir de propósito á romperse alli la cabeza.

—¡Qué es eso! dije con indignacion, ¿no tengo yo el derecho de criticar á la autoridad que no hace su deber?

—Al contrario, *bourgeois*, repuso el oficial, quéjese usted. La autoridad francesa gusta mucho de que se la censure; pero es necesario ser cortes con ella. Usted no le ha pedido permiso para criticarla. Ha estado usted grosero, amigo mio.

—Camarada yo le respeto á usted, pero usted discurre como una cartuchera. Entiendo que la autoridad ha sido hecha para nosotros, y no nosotros para ella.

—Error colosal, camarada, repuso el jendarme con un aire de desprecio que me indignó. Los que obedecen son hechos para los que mandan; los que mandan no son hechos para los que obedecen.

—Pero nosotros somos la Francia, somos el país.

—El país, camarada, dijo el impasible oficial, se compone de mariscales, jenerales, coroneles, capitanes, tenientes, prefectos, correjidores y otras casacas bordadas que yo respeto; el resto es un hato de conscriptos y de pecheros que deben obedecer y callarse....

—*Sin murmurar*, ¿no es asi? Conozco ese estribillo. Ah! si tuviéramos justicia!

—No tendria usted administracion; seria usted un iroqués, como los ingleses y otros caníbales que hacen lo que quieren. No tendria usted la honra de ser un hombre civilizado y un frances.

—Número dos, continuó. Al señor Lefebvre, por haber tenido la audacia de pasear de puerta en puerta su triste persona, significacion del señor prefecto que le destituye de sus funciones gratuitas de miembro de la oficina de beneficencia, aguardando que se enmiende.

—Toda candidatura es libre, dije.

—No hay duda, respondió el jendarme, es libre; pero con autorizacion de la autoridad.

—Número tres—Al susodicho Lefebvre, por haber distribuido ó hecho distribuir listas electorales con su nombre, ó el de ciertos *quidams* igualmente desconocidos y escandalosos: notificacion para que comparezca dentro de ocho dias hábiles ante los señores presidente y jueces que componen el tribunal de la policia correccional, á fin de que el antedicho Lefebvre responda por el delito de distribucion de impresos no autorizados.

—¡Cómo es eso! No puedo yo distribuir á mis electores la lista que lleva mi nombre?

—Usted lo puede todo, camarada, respondió el oficial, pero con autorizacion de la autoridad. Bien pues, si usted no se aviene á esto, ¿se imajina usted que la autoridad protectora y tutelar dejará á los papanatas hacer una necedad que dejeneraria en oposicion? Y si yo fuera el gobierno, le meteria á usted en la jaula con muy buen modo, miéntras venia la enmienda.

—Número cuatro.—Al susodicho Lefebvre, por haberse asociado públicamente á una pandilla de *quidams*, reunidos en titulada asamblea electoral, lo que constituye un club, si es que no forma una sociedad secreta; citacion para que comparezca por ante el susodicho tribunal, para verse allí condenado á prision en virtud del artículo 291 del código penal, aguardando que se enmiende.

—Número cinco.—Al susodicho Lefebvre, por haber incitado á su hijo menor de edad á proferir en el susodicho club un discurso incendiario contra la honorable y discreta persona del señor Petit, candidato de la autoridad, notificacion para que comparezca ante el susodicho tribunal, como fautor, cómplice y á mas como civilmente responsable del susodicho delito, aguardando enmienda.

—¡Qué! no tengo yo el derecho de reunir á mis electores, y ellos no le tienen de saber cómo piensa su representante?

—Ellos tienen todos los derechos, camarada respondió el jendarme, pero siempre con la autorizacion de la autoridad. Pues seria bueno que en un cuartel se dejase á los soldados reunirse y gritar sin tener licencia!

—Pero nosotros no estamos en un cuartel.

—A palabras necias oidos de mercader, dijo el jendarme; no obstante, camarada, quiero tener la bondad de condescender con usted hasta ilustrar su profunda ignorancia. Todo frances nace soldado y está formado como para esperar la voz de órden. Asi, cuanto mas se le manda tanto mas contento se le tiene. No alteremos pues la obediencia que constituye su felicidad. Si yo gobernase ahorcaria á todos los parlanchines, aguardando su enmienda.

—Número seis.—Al susodicho Lefebvre, por haber cubierto ó dejado cubrir las paredes con carteles insignificantes y criminales. *Item*: por haber organizado ó dejado organizar una procesion revolucioncria y preparado un motin perjudicial, que habria estallado á no haber sido las precauciones y la vijilancia de la policía, que tiene siempre el ojo listo, notificacion para que comparezca ante el susodicho tribunal para verse y oirse condenar á las penas establecidas por la ley, aguardando su enmienda.

—Señor jendarme, por favor, esclamé, por favor! soy víctima de un error. No hay duda de que en Francia yo seria un gran culpable; pero estamos en América, soy inocente. Eso que es un crímen en Francia, en los Estados Unidos es un derecho.

—Escuse usted sus súplicas, respondió el inflexible jendarme sacando del bolsillo algo que parecia esposas.

omo individuo particular, yo no tengo incensible el corazon, de eso me alabo; pero aquí soy ahora órgano de la ley.

—La ley entónces es una fanfarronada

—Silencio, rebelde; basta de charla.—Al oirlos, todos on inocentes como un recien nacido. Inocente ó nó, camarada, conjeturo que usted es sospechoso y en precaucion le pongo la mano encima.

Asi diciendo, apretóme el brazo con tanta fuerza que lí un grito de dolor. Este grito me despertó. Adios gracias estaba soñando!

A fin de sacudir esta abominable pesadilla encendí el gas. ¡Qué horror! en el fondo de la cama ví la sombra de un brazo amenazador, el tricornio y el *pompon* que hacen perder el color á los mas osados.

Helado y con el corazon estremecido, permanecí inmóvil como el criminal que aguarda la sentencia de muerte. En ese instante cantó el gallo del cuclillo, el gallo que ace huir á los espíritus malos de la noche; volvíme hácia la pared, y.... solté una carcajada.

El brazo que me habia espantado era el mio; el tricornio no era mas que la sombra de algunos cabellos desgreñados, por fin, aquel *pompon* terrible, era la mecha de mi.... Por respeto al pudor de los lectores no concluyo.

Apagué la luz y me eché en la cama.

—Oh jendarme, esclamé, valiente y leal soldado, corazon sencillo y jeneroso, nadie mejor que tú representa el órden pùblico en un pueblo que no concibe la autoridad mas que con uniforme, y la paz sinó con una espada en la mano!

Espanto de los mendigos y vagabundos, remordimiento de los que cazan á escondidas, conciencia de los posaderos y vendedores de vino, relijion y moral de los pobres vecinos, brazo derecho del señor correjidor, órgano del señor prefecto, oh jendarme! te respeto y te quiero; pero perdona las estravagancias de mi imajinacion. Yo quisiera que un dia la miseria no fuese ya un crímen; quisiera que la policia no impidiese el bien que sobreabunda por impedir el mal que solo es la escepcion; querria que la libertad devuelta á todo ciudadano arrancase de nuestras leyes delitos que no lo son; querria por fin (oh ministro de la autoridad no te escandalices!) querria que solamente la justicia te diese órdenes y que tu vengadora mision se limitase á perseguir á los bribones y á encarcelar á los malvados denunciados legalmente. Yo bien sé, oh jendarme cuanto te hará reir esta utopía americana, pero la lego al siglo vijésimo primero, como idea que algun dia inmortalizará mi nombre.

Para entónces pido que en mi ciudad natal, en medio de la plaza que ha de reemplazar mi calle y mi casa, se me levante un busto imajinario encima de una fuente seca, y que allí se grabe la inscripcion siguiente:

AL SOÑADOR

QUE

EN 1862

PEDIA QUE SOLO LA JUSTICIA

TUVIESE

EL DERECHO DE ENCARCELAR Á LOS CIUDADANOS

Y UNICAMENTE POR DENUNCIA LEGAL

LA JENDARMERIA RECONOCIDA

JULIO 14 DE 2089.

Y lego mi última moneda de cinco francos á la Academia de inscripciones y bellas letras, con los intereses capitalizados durante dos siglos, á fin de que redacte en hebreo, en copto, en sanscrito y en siriaco una idea que el frances, maligno desde que nace, no ha comprendido jamas y que no puede espresar en su lengua impotente: *Sub lege libertas.*

## CAPITULO XVI.

### La Eleccion—El Sábado.

Al fin llegó aquella famosa jornada del 5 de abril, que debia convertir á un parisiense de la Chaussée d'Antin en miembro del concejo municipal de Paris en Massachusetts.

A las siete de la mañana con un tiempo magnífico, abriéronse ciento veinte escrutinios en medio de una solemne calma. En la puerta de cada oficina veíanse dos largas filas de electores que aguardaban el momento de ejercitar su derecho soberano, con una paciencia y una resolucion enteramente sajonas.

La contienda habia cesado; los adversarios del dia anterior cambiaban entre sí chanzas y apretones de mano.

Ante la decision de la mayoria cada cual se inclinaba de antemano, pero reservándose tomar el desquite á fines del año siguiente.

A medio dia estaba ya hecho el escrutinio y proclamada la eleccion. Green obtuvo 116,735 votos contra 78,622 dados á Little. Humbug alcanzó 146,327, al paso que el infeliz Fox solo tuvo 18,124. En fin' no obstante algunas listas disputadas por envidiosos escrutadores, yo fuí elejido por 199,999 sufrajios. Jamas un inspector de calles habia sido proclamado por una mayoria mas imponente.

El efecto de este resultado fué grande en Massachusetts, mayor aun en Inglaterra. Como el precio de los algodones acababa de subir, el *Times* declaró que los yankees eran salvajes que solo hacian elecciones á pistoletazos, y de ahí deducia que la democracia era ingobernable.

El viejo Pam volvió á tocar este tema en el parlamento. Allí probó á los ingleses que eran el primer pueblo del mundo, y que, desprovisto de una aristocracia hereditaria, Jonathan no llegaba á la suela del zapato de John Bull, verdad un poco dura que el honrado John Bull se tragó con su acostumbrada modestia, votando luego su mas abultado presupuesto.

El amable Truth fué quien me avisó mi eleccion; sintiendo mucho, segun me dijo, el no anunciar al público esta buena noticia, pues desde el dia anterior habia vendido su periódico al señor Eujenio Rose y se retiraba á la vida privada.

—Hace usted bien, díjele. Descanse usted y por largo tiempo, que bien lo necesita.

—Descansar no es una palabra americana, me contestó con su suave sonrisa. Joven ó viejo, enfermo ó sano, un yankee trabaja hasta la muerte: tal es el deber del hombre y del cristiano. He seguido el consejo de Humbug, he vuelto á los estudios y á los entretenimientos de mi juventud. La iglesia congregacionalista de la calle de las Acacias solicita que sea su pastor, y he admitido. Mañana empiezo mis funciones.

—Periodista ayer, pastor mañana, usted es un hombre

universal, que cambia de profesion como de traje. ¿Qué vendrá usted á ser dentro de seis meses?

—Lo que Dios quiera, respondió el nuevo ministro. Si Humbug se encontrase aquí, él, que ha sido alternativamente plantador en el Oeste, soldado en Méjico, abogado en Filadelfia, periodista en Paris y que mañana ha de ser majistrado, diria con una de sus citas acostumbradas:

Homo sum, humani nihil a me alienum puto.

Y usted mismo doctor, era un sabio el otro dia, bombero antes de ayer, candidato ayer y es hoy inspector de calles; el lúnes usted será médico. Me parece que usted cambia de papeles con demasiada facilidad. Esa es una de las grandes virtudes de nuestro hermoso pais. En la vieja Europa nacen y mueren dentro de la piel de un personaje de comedia. Allá un hombre toda la vida es soldado, juez, abogado, mercader, fabricante, pero hombre nunca. Solo tiene las menguadas ideas y las preocupaciones de su oficio.

Aquí, importa poco la profesion, que solo es el sobretodo que cada uno se pone y se quita segun son las circunstancias. El hombre lo es ante todo y en cualquiera parte. Ahí está la raiz de esta igualdad que constituye nuestra gloria y nuestra fuerza.

Clay era un molinero de Kentucky, Douglas y Lincoln agricultores del Illinois, el general Banks, *el muchacho de las canillas*, hacia lios de algodon. Todos se han hecho hombres, porque han trabajado, porque han sufrido. Aquel que no ha puesto á prueba la vida, no sabe lo que vale. La lucha contra las cosas educa la voluntad y templa el corazon.

La aristocracia dará almas delicadas, refinadas, endebles:—el imperio del mundo pertenece á los advenedizos. ¡El porvenir es nuestro!

—Truth, está usted predicando admirablemente. Cuando usted habla, me parece que usted tiene razon; pero así que usted se ha marchado y reuno mis recuerdos, sus teorias me infunden miedo. Si yo tuviera la flaqueza de prestarle oidos, me haria usted olvidar todo cuanto me han enseñado mis maestros. Sea lo que fuere, mañana irémos á oir á usted. Será cosa orijinal el ver á un cristiano cualquiera hablando á sus hermanos y esponiéndoles el Evanjelio en el lenguaje cotidiano. No me figuro el cristianismo republicano.

En el momento en que Truth me dejaba, vinieron á buscarme para instalarme en mis nuevos deberes. Jenny, Susana, Alfredo y yo subimos á un hermoso carruaje con Marta, la que se empeñaba sin duda en fiscalizar mi orgullo. Henrique se colocó al lado del cochero, Zambo se trepó detrás del carruaje: dos vigorosos trotones, como solo se ven en América, nos arrebataron hasta Montmorency, punto estremo de mi jurisdiccion.

## NOCHES DE LUNA.

**Por Guillermo Blest Gana.**

(Chileno)

Espira el sol: la noche tenebrosa
Las puertas toca del purpúreo Oriente,
Y flota silenciosa
La luz crepuscular, como el presente
Entre el pasado y porvenir; la hermosa
Pálida y blanca frente
Del astro de la tarde, resplandece,
Como la fé en el alma que padece.
Astro apacible que en la azul esfera
Unica antorcha del crepúsculo eres,
De la noche brillante mensajera,
Estrella de la tarde, ¿qué me quieres?

Cuando en esta hora de silencio y calma
A estéril lucha el corazon se lanza,
¿Vienes en las tinieblas de mi alma
A hacer lucir un rayo de esperanza?

Si, tú me tráes la esperanza ahora;
Tú ayer tambien los pasos precedistes
De mi muda y brillante protectora,
De la pálida amiga de los tristes.

¡Héla ahí! héla ahí, tras la colina
Pálida y melancólica subiendo!
Rasgando así los diáfanos celajes
De vaporosa niebla blanquecina,
Es una casta vírjen entreabriendo
De su lecho los blancos cortinajes!

Un anillo de nubes vaporosas
Vaga en torno á su disco refuljente,
Como coronas de marchitas rosas
De un pálido cadáver en la frente.

¡Qué bella estas, oh Luna, en este instante
Cercada así por misteriosos velos!
¿Es á tu luz acaso semejante
La de la eterna aurora de los cielos?

¿Eres acaso un faro luminoso
Que de la eternidad en la ribera
De las almas perdidas, el dudoso
Paso, dirijes á la azul esfera?

¿Quién eres astro pálido? Contigo
Me liga irresistible simpatía;
Y como á un viejo y bondadoso amigo
Sus pesares el alma te confía.

Yo te amé siempre, siempre; por mirarte
En mi tranquila infancia abandonaba
El techo de mi hogar, y al encontrarte
De gozo el corazon me palpitaba.

Hallaba (y hallo aun) en el reflejo
De tu pálida luz en la agua en calma
Del mar y de una fuente, un claro espejo
En que gustaba contemplarse mi alma.

Misteriosos recuerdos de otros dias,
De otro mundo talvez, bellas visiones
Vagos deseos, dulces armonias,
Esperanzas brillantes, ilusiones;

Dulces sueños de amor, sueños de gloria,
Gozo y dolor, ajitacion y calma,
En tí hallaban mi mente y mi memoria,
¿Eres, dime, la patria de mi alma?....

1848.

¡Dime, pálida luna, en este instante
Que el espacio recorres silenciosa,
Tu plácido semblante
No contempla una hermosa
De faz suave, dulce y candorosa?

Mira, yo la amo; y en tu disco creo
Bella mirarla como en esos dias
De dulce devaneo,
Que con ella me vias
Cuando el azul del cielo recorrias.

No te apartes jamas mi blanca amiga;
Cuando tu luz purísima destella
Mi dolor se mitiga;
Y á mas, eres tan bella,
Que siempre que te miro pienso en ella!

1849.

*[Continuará].*